

dar cuenta al Juez terrible de vivos y muertos. Armase Brígida de valor, arrostra todos los desdenes de la vana sabiduría del siglo, va á ver al Pontífice, y le presenta el anuncio fatal. Pero estaba ya echada la suerte: Urbano salió de Montefiascone el día 26 de agosto, fué á embarcarse á Corneto, tomó tierra en Marsella, y desde allí pasó á Aviñon el día 24 de setiembre del año de 1370.

Brígida se dirigió inmediatamente á Nápoles, y despues á Sicilia, desde donde volvió á Roma, y allí se creyó inspirada para ir á Jerusalem, aunque tenia y sesenta y nueve años, y se puso en camino con su hija Catalina. Luego que llegó á Tierra Santa, visitó todos los Santos Lugares, entre los cuales es de notar que sus historiadores cuentan el cuarto de la Anunciacion, esto es, la casa en que vivió la Virgen en Nazaret. Habiendo vuelto Brígida á Roma, murió allí santamente (1373). Su cuerpo fué trasladado á Suecia por disposicion de su hija, y colocado en el monasterio de Vastein, que la Santa habia fundado. Los muchos milagros que se hicieron en su sepulcro, movieron al Papa Bonifacio IX, á pesar de las turbulencias del gran cisma, á colocarla en el número de los Santos en el año 1391, diez y ocho despues de su muerte.

La predicción que habia hecho á Urbano V no fué el menor de sus prodigios, y cuando se vió su cumplimiento, que no se hizo esperar mucho, la miraron todos como si hubiese sido una voz de Dios. Apenas llegó á Aviñon este Pontífice, quiso ir en persona á negociar la paz que motivaba su regreso; y ya habia hecho algunos preparativos para este viaje, cuando le acometió una enfermedad, de la cual se persuadió él mismo que moriria muy pronto. Murió en efecto un jueves 19 de diciembre del año 1370 (a).

(a) En el año anterior (23 de marzo de 1369) mu-

con las santas disposiciones que debian esperarse de toda la série de su vida, pero condenando el yerro que habia cometido en

rió, ó más bien fué muerto el rey don Pedro llamado el Cruel. No cremos necesario, ni nos seria por otra parte muy grato, estendernos en hacer una larga reseña de este reinado. La denominacion que se dió al monarca pinta en una soia palabra su caracter. Lo que ya dice mas arriba nuestro historiador puede dar alguna idea de las matanzas ocurridas en tiempo de don Pedro y quien desee mas pormenores pueda ver nuestros historiadores Mariana, Ortiz, Lafuente, etc. Seria tarea demasiado ingrata referir tantos horrores como entonces se cometieron; pero no estará demás la leccion que todos ellos nos dan. Si bien se examinan, acaso se encuentre su origen en esa fatal pasion que produce tantos males. Sin los funestos amores de don Alfonso, padre de don Pedro, con doña Leonor de Guzman, habrianse evitado probablemente gran parte de los males del reinado del mismo don Alfonso y del de su hijo don Pedro; y sin las lamentables relaciones de este con doña María de Padilla es de presumir que no habrian ocurrido esos desórdenes y horrores que llenan de indignacion al historiador. ¡Tan importante es que los reyes, en esa atmósfera de comodidades, de placeres y riquezas que disfrutan, sepan contenerse en el debido recato y refrenar esa pasion funesta! ¡Tan terrible es la responsabilidad de los que en vez de aleeccionar debidamente á los jóvenes príncipes y dirigir sus primeros pasos, en vez de inspirarles un saludable terror para mantener en ellos la virtud de la castidad, los halagan é incitan, los aplauden y fomentan sus ilícitas relaciones! Las funestas consecuencias que la historia nos describe ocasionadas por la lascivia debieran abrir los ojos á los desatentados que por lisonja, ambicion y otras miras mundanas fomentan esa pasion, que si en todos es fatal, en los príncipes no solo puede ser y ha sido muchas veces causa de su perdicion, sino de la perdicion y ruina de todo el reino.—Atenta sin embargo la Santa Sede al bien de los pueblos y de los reyes, no dejó de amonestar á nuestro don Pedro, así como antes habia amonestado á don Alfonso. Luego que Innocencio VI supo que don Pedro, despues de efectuado su enlace con doña Blanca de Borbon, contrajo uno con doña Juana de Castro (enlace que por cierto solo vivió á durar una noche, siguiendo don Pedro en sus ilícitas relaciones con la Padilla), y que los obispos de Avila y Salamanca por ignorancia, adulacion ó debilidad habian declarado nulo el anterior matrimonio con doña Blanca, lleno de santa indignacion comisionó al obispo Bertran de Sienna, su internuncio, para que emplazara ante la corte de Roma á dichos obispos de Avila y Salamanca y obligara el rey por medio de las censuras de la Iglesia á vivir con la reina doña Blanca, su esposa legitima, procediendo en derecho contra él y contra los grandes que fomentaran su desarreglada vida. No contento con esto, en otro Breve posterior, fechado en Aviñon el 28 de abril del segundo año de su pontificando, apostrofaba al rey don Pedro con las siguientes enérgicas palabras: «Mira que ya la fama de tus crímenes resuena por el mundo; que ya suena en los oidos de todos el rumor de tus pecados, con los cuales se halla comprometida tu salvacion,

volver á Aviñon. Dicen que poco antes de espirar hizo que le llevasen delante de un altar del Príncipe de los Apóstoles, y que puso por testigos al cielo y á la tierra de

obsurecido el lustre de tu nombre, marchitada tu gloria, robajada tu dignidad, ajado tu honor, y tu Real nombre manchado en su principio, destrozado por los lábios de la multitud: *Ecce jam quasi orbis scelerum tuorum rumoribus perstreptit etc.* (Rain. *Annal. escl. ad ann. 1354, num. 21*).

Pero ningun efecto produjeron estas exhortaciones. Don Pedro siguió en su aversion á su esposa doña Blanca y en su pasion á la Padilla; y al mismo tiempo persiguiendo á la descendencia que su padre tuvo de sus ilícitas relaciones con doña Leonor, y lo que es aun mas, al mismo don Juan Alfonso de Alburquerque que creyendo medrar fué causa de las malhadadas relaciones de don Pedro con la Padilla; que así permitió Dios fuese castigada la mala fé del desatentado ministro que por sus miras ambiciosas vino á precipitar al rey en el abismo de esa pasion que no se estinguió en él ni aun con la muerte de la que de ella era objeto. Hijo de doña Leonor de Guzman y de D. Alfonso, y por consiguiente hermano bastardo de D. Pedro, era D. Enrique, conde de Trastamara, el cual despues de mil vicisitudes y de las continuas luchas que aliado con diferentes personajes sostuvo con don Pedro, se retiró á Francia, donde ayudado por el rey de Aragon, por Francia y por el célebre Bertran Dugesclin, quien atrajo á su servicio las compañías blancas ó grandes compañías, concibió el proyecto de destronar á su hermano D. Pedro, de quien estaba hondamente resentido por la persecucion que le hacia y por la muerte violenta que muy á los principios se habia dado á su madre doña Leonor. Entró don Enrique en España, y su marcha puede decirse fué un continuado triunfo. Fué aclamado rey en Calahorra y luego coronado en Burgos. A su vez don Pedro fué huyendo de Burgos á Sevilla; pero aunque fugitivo no se olvidaba de cometer sus acostumbradas crueldades. Avanzaba don Enrique hasta Toledo, y á su vez don Pedro era espulsado de Sevilla, y huyendo de allí y viéndose desairado del rey de Portugal, se refugió á Galicia, donde despues de quitar la vida al venerable prelado de Santiago, don Suero Garcia, pasó á la Coruña donde se embarcó para Bayona, creyendo encontrar allí al príncipe de Gales. Entretanto don Enrique pasó triunfante por España, dominando como rey todos los Estados de don Pedro, excepto la Galicia que aún estaba por este; pero al fin pasó allí D. Enrique, y D. Fernando de Castro, que por D. Pedro mandaba en Galicia, pactó con aquel (1366), que si este no le socorria en el término de cinco meses quedara aquel país por D. Enrique.—No se descuidaba en Bayona D. Pedro, pues aliándose con Eduardo, príncipe de Gales, hijo de Eduardo III, rey de Inglaterra, y á quien se llamaba el Príncipe negro por el color de su armadura, volvió á entrar en España para recobrar su trono, á lo cual se brindó á apoyarle el Príncipe negro, porque desentendiéndose este de los crímenes de D. Pedro, no veia en su desgracia sino un príncipe legitimo derribado por un bastardo, y en su restauracion sino el triunfo de la legitimidad. Salió á su encuentro D. Enrique con sus tropas, y en 13 de abril de 1367 se dió cerca de Nájera la batalla que fué una de las mas me-

que no se le debia atribuir á él aquella falta, sino á los que lo habian dispuesto de tal modo que lo habian hecho casi inevita-

morables del siglo XIV. Quedó esta por D. Pedro, y Don Enrique viéndose perdido huyó á Nájera y de allí por Aragon pasó á Francia cerca de Aviñon donde el duque de Anjou, hermano del rey de Francia, que gobernaba aquella tierra, le dispensó la mayor proteccion de acuerdo con el Papa Urbano V que, dice un historiador, estimaba mucho á don Enrique. En el interin don Pedro, cuyo carácter era diametralmente opuesto al del príncipe de Gales, no tardó en desavenirse con este, ya por empeñarse contra lo pactado con él, en continuar sus atrocidades, matando, como mató, á algunos caballeros de Castilla rendidos en la batalla á los ingleses, ya por no pagar puntualmente las tropas del príncipe y cumplir las demas estipulaciones. D. Pedro se separó del príncipe, marchó á Toledo, luego á Córdoba y Sevilla, dejando por todas partes rastros de su crueldad; que ni aun las desgracias le habian enmendado. El príncipe de Gales salió de España, dice un historiador, «detestando y maldiciendo la doblez y falsia del hombre á quien acababa de reconquistar un reino, arrepentido de su obra y compadeciendo á la pobre monarquía castellana precisada á escoger entre un déspota legitimo y un usurpador bastardo.»

Don Enrique con estas noticias, con la de haber sido puesto en libertad el célebre Dugesclin y los otros que habian quedado presos en la batalla de Nájera; con la de disponerse estos á hacer la guerra á don Pedro y la del disgusto que la atroz conducta de este inspiraba á los pueblos, procuró buscarse alianzas y recursos para entrar de nuevo en España. Reunidas ya bastantes fuerzas penetró por el condado de Rivagorza, cuyo paso le franqueó el rey de Aragon. Siguió avanzando, aunque no sin trabajo, por Benabarre, Estadilla, Barbastro y Huesca; penetró en Navarra y continuando su camino para Castilla hizo en setiembre de 1367 su entrada en Calahorra donde fué recibido con el mismo entusiasmo que cuando le aclamaron rey la vez primera. Cuenta la crónica que cuando don Enrique se vió en los campos contiguos al Ebro preguntó si estaban ya en los términos de Castilla y contestándole que sí, se apeó del caballo, hincó la rodilla en tierra, hizo una cruz con su espada en el arenal que estaba en el río, y despues de besarla dijo: «Yo lo juro á esta significanza de cruz, que nunca en mi vida, por bienestar que haya, salga del regno de Castilla, é antes espere en ella la muerte ó la ventura que me viniere.» Con este juramento aseguraba á los suyos que antes pereceria en la demanda que dejalos abandonados y espuestos al furor de su adversario. Fuéronse pronunciando las poblaciones en favor de don Enrique, el cual despues de apoderarse de varias ciudades que le hicieron resistencia pasó á poner sitio á Toledo. Hallábase don Pedro en Sevilla, y viéndose cada vez mas abandonado, imploró el auxilio del rey moro de Granada, con el cual pasó á sitiar á Córdoba, que estaba por don Enrique; pero se defendió la ciudad con tanto valor, que Mohamed tuvo que retirarse á Granada, y don Pedro á Sevilla. Llegó el año 1369, y viéndose ya Toledo en grande apuro, decidió don Pedro ir en su socorro. Súpolo don Enrique, y dejando en el cerco de Toledo las tropas mas precisas, marchó con rapidez á sorprender las

ble (1). Otros añaden que hizo voto de volver á Roma, si Dios le conservaba la vida (2). Como quiera que sea, esta falta, ó este yerro, no impidió que se invocase á

de don Pedro que había llegado ya á Montiel. Trabajóse la lucha y fué desfavorable á don Pedro, el cual se encerró luego en el castillo. Men Rodríguez de Sanabria, uno de los pocos caballeros que le acompañaban y que conocía á Duglesclín que iba con don Enrique, salió una noche á tener una entrevista con aquel. Hizole halagüeñas ofertas si se pasaba al campo de don Pedro; rechazólas Duglesclín, pero como Sanabria le dijo lo pensase bien, tomóse tiempo, lo consultó con sus amigos, resolvieron contrársele á don Enrique, y este despues de hacerle por su parte las mismas ofertas que su hermano, le incitó á que fingiese asentir á la propuesta del Sanabria, diciendo á este que podría el rey don Pedro venir seguro á su tienda donde hallaría preparados los medios que le habían de proporcionar la fuga. Así se practicó como lo proponía don Enrique. Don Pedro, aunque suspicaz y receloso, no descubrió la celada, ó bien porque creyera en los juramentos con que le aseguraron, ó porque el afán de verse en salvo no le dejara reflexionar con detenencia. Salió, pues, una noche del castillo con Men Rodríguez de Sanabria, don Fernando de Castro, y don Diego Gonzalez de Oviedo, y se entró confiadamente en la tienda de Duglesclín. «Calvalgad, le dijo, que ya es tiempo que vayamos.» Mas como nadie respondiese, sospechó don Pedro la traición y quiso huir solo en su caballo; pero le detuvo Olivier de Manny. Llegóse entonces don Enrique armado de todas armas, y dirigiéndose á don Pedro le dijo: «Mantengavos Dios, señor hermano,» y don Pedro exclamó: «¡Ah traidor bardo (bastardo)! ¿aquí estais?» Y dicho esto se abalanzó á su hermano, y agarrados cuerpo á cuerpo los dos cayeron en tierra, quedando encima don Pedro, que hubiera acabado con el bastardo, si Bertran Duguesclín tomando con su hercúlea mano por el pie á don Enrique y dándole la vuelta no le hubiese puesto sobre don Pedro, diciendo estas palabras que la tradición ha conservado: *ni quito, ni pongo rey, pero ayudo á mi señor.* Entonces don Enrique degolló á su hermano don Pedro con su daga y le cortó la cabeza. El cadáver fué sepultado en Montiel de donde fué trasladado á la Puebla de Alcocer, y allí permaneció hasta el año 1446 en el que, á ruego de doña Constanza, nieta de este rey y priora del monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid, fué trasladado, por cédula de don Juan II, su biznieto, á la iglesia de dicho monasterio y colocado en su capilla mayor fundada por su padre don Alfonso.

«Tal fué, dice el señor Lafuente, el trágico y miserable fin del rey don Pedro de Castilla (23 de marzo de 1369), á la edad de 33 años y 7 meses, y á los 19 de su sangriento y proceloso reinado: y tal fué el ensangrentado pedestal sobre el cual puso su pie el bastardo don Enrique para subir al trono de Castilla y de León.»

Para proporcionar, si cabe, algun consuelo en medio del cuadro desgarrador que presenta el reinado de D. Pedro, referiremos algunos de sus buenos rasgos.

(1) Petrarc. *Rer. Sen. lib. 13, ep. 13.*

(2) *Rain. ann. 1370, num. 9.*

Urbano V inmediatamente despues de su muerte, que por todas partes se colocase su imágen en los altares, y que se tratase de ponerle solemnemente en el número de los Santos. Si no se verificó esta canonización, sin embargo de haberla solicitado todos los soberanos que obedecian á Clemente VII, alegando una infinidad de testimonios á favor de sus virtudes y milagros, debe atribuirse á las turbulencias del cisma, las cuales impidieron el juicio definitivo de la Silla apostólica.

Para convencerse de esta verdad, basta pasar la vista por las acciones de este santo Pontífice (1). Era naturalmente benéfico y liberal; magnífico cuando se trataba del culto divino y de las fundaciones religiosas, las cuales aumentó en gran número; y tan moderado con respecto á sus parientes, cuyo punto puede mirarse como la piedra de toque de las virtudes de un Papa, que apenas tiene igual en esta parte. Solo se cuentan dos que disfrutasen de sus beneficios, á saber: su hermano, que fué asociado al Sacro Colegio á consecuencia de las muchas instancias de los mismos cardenales, y un sobrino que por su doctrina y piedad fué promovido al obispado de San Papoul. No permitió que su padre aceptase seiscientas libras tornesas de renta que por respetos suyos quiso darle el rey de Fran-

Quando en sus luchas con D. Enrique le manifestaron los de Logroño y Vitoria el apuro en que se veían y le consultaron si en el caso de no poder ser socorridos se entregarían al rey de Navarra, D. Pedro les contestó que nunca se separasen de la corona de Castilla, y que antes se diesen á D. Enrique que al navarro.—Siendo aún jóven de 17 años el rey D. Pedro, y no contaminado todavía con los vicios que despues tanto le afearon, celebró Cortes en Valladolid, que duraron desde el otoño de 1351 hasta la primavera de 1352, donde se hicieron muchas leyes oportunas y convenientes y confirmó y mandó observar, corregido y emendado, el *Ordenamiento de Alcalá*, hecho por su padre D. Alfonso. Véanse Mariana, Ortiz, Lafuente, etc. (N. del E.)

(1) *Vit. t. 4, p. 293 et seq.; Bzov. ann. 1370, num. 16.*

cia; pero era en extremo liberal con los pobres; se informaba de todas sus necesidades con la solicitud propia de una tierna madre; se declaraba protector de todos aquellos que se veían injustamente perseguidos, daba colocacion, segun su clase, á las doncellas cuya virtud estaba espuesta por razon de la indigencia que padecian; libraba de la miseria á las familias pobres y honradas, y procuraba aun mas eximir las de la confusión que es consiguiente á ella. Era gran protector de las letras; fundó un colegio en Montpellier para doce estudiantes de medicina, y durante su pontificado sostuvo un millar de escolares en varias universidades.

Lejos de gustar del fausto y de engreirse con la gloria y la grandeza de que á pesar suyo estaba rodeado, cuando veía á los monarcas postrados á sus pies, refería á la Cabeza adorable de la Iglesia los homenajes que se tributaban á su Vicario, y decía interiormente: «á vuestro santo nombre, Señor, es debida únicamente toda la gloria, y no á nosotros.» Tan distante de la vida afeminada como de los proyectos de la ambición y de las ilusiones de la soberbia, su régimen no tanto era el de un Papa como el de un monge austero. En la Cuaresma y el Adviento no comía hasta el anochecer; ayunaba á pan y agua todos los miércoles, viernes y sábados del año, y en los demas dias partía con los pobres una mesa abundante, pero cubierta de platos comunes, y santificada con lecturas piadosas. Conservó siempre el hábito de San Benito, sin dejarle ni aun para dormir, y en el cuarto retirado en que habitaba con mayor complacencia, no habia cosa que no representase la pobreza de un simple religioso. Juntamente con el espíritu de penitencia tuvo el de piedad, y el amor á la oracion y recogimiento; se confesaba casi todos los dias, era asiduo en la celebracion de la santa misa, rezaba el oficio divino en las horas cor-

respondientes, y además el de difuntos.

Por lo que toca á las obligaciones de primer Pastor, se dedicó invariablemente y con todo su poder á desterrar de la corte romana y de todas las iglesias el desorden de las costumbres, la simonía, el espíritu de interés, la lentitud en el despacho de los negocios y generalmente todos los artificios de la codicia, disfrazados con cualquier pretesto que fuese. Daba audiencia por sí mismo con mucha puntualidad, y se vieron pocos Papas tan infatigables y tan activos en el despacho. A pesar de las serias ocupaciones de una vida tan laboriosa y austera, no se desmintió jamás su dulzura, su afabilidad, su popularidad y su paciencia. Hasta exhalar el último aliento tuvo abiertas las puertas de su cuarto para dejar á todos los fieles de todas clases una entrada libre de modo que pudiesen ver á su pastor y á su padre. En todo el discurso de su pontificado, que fué de ocho años, un mes y diez y nueve dias, no hubo nadie, segun el testimonio del Petrarca (1), censor tan rígido de los Papas franceses, que pudiese quejarse de su gobierno ó de sus modales.

Despues de los diez dias destinados al luto de la Iglesia romana, entraron los cardenales en cónclave, y al dia siguiente por la mañana, 30 de diciembre, eligieron unánimemente y como por inspiracion á Pedro Rogerio de Beaufort, de cuarenta años de edad, y veintidos de cardenalato; es decir, que era cardenal desde la edad de diez y ocho. Era sobrino de Clemente VI, é hijo del conde Guillermo de Beaufort, que aun vivía, y así vió Papas á su hermano y á su hijo; y á otro hermano, á dos sobrinos y á cinco primos, cardenales. Pedro Rogerio fué el único á quien no causó satisfaccion su nueva dignidad. Se resistió, pues, movido de una humildad sincera, y solo cedió

(1) *Rer. Sen. lib. 13, ep. 13.*

á la voluntad de Dios, manifestada por la perseverancia de los cardenales, los cuales querian absolutamente dar á Urbano V un sucesor tan á propósito para continuar los proyectos de este santo y sábio Pontífice. Como era solamente diácono, del título de Santa María la Nueva, fué ordenado de sacerdote el sábado 4 de enero y consagrado y coronado al día siguiente. Tomó el nombre de Gregorio XI, y ocupó la Silla pontificia siete años y tres meses. En el primer año creó doce cardenales. Como era naturalmente afable y modesto intentaron los cardenales antiguos gobernarle con imperio, y para contrapesar su autoridad hizo esta promoción numerosa en la que habia, entre diez franceses, cinco lemosinos, compatriotas y aun parientes del nuevo Papa (1371).

Gregorio se aplicó inmediatamente á las obligaciones esenciales del Pontificado, y en especial á conservar en su integridad y en toda su sencillez el depósito de la sana doctrina. No habia misterio, por santo y terrible que fuese, en que no se ejercitasen entonces la curiosidad y la sutileza escolástica. Supo el Papa que Juan de Laune, del orden de los frailes menores, y algunos otros religiosos habian sostenido en Aragon, predicando de la Eucaristia, que si la hostia consagrada caia en un lugar inmundo, dejaba de estar en ella el Cuerpo de Jesucristo, y volvia la sustancia de pan; que sucedia lo mismo cuando algun animal comia ó roia la santa hostia; y que si los que comulgaban rompian las especies con los dientes, volaba inmediatamente al cielo el cuerpo de Jesucristo, y no pasaba al estómago (1). Aunque estas proposiciones tuvieron en otro tiempo partidarios distinguidos que las dieron á lo menos por problemáticas, prohibió Gregorio XI, pena de ex-

(1) Direct. Inquis. p. 44.

comunion, que en lo sucesivo se predicase ó enseñase públicamente aquella doctrina que á la sazón solo podia servir de escandalizar á los que no estuviesen muy firmes en la fé. En efecto, algunos doctores atrevidos, y entre otros Juan Wicief, que empezaba á dogmatizar en Inglaterra, hablaban entonces de un modo poco conveniente acerca de la Eucaristia. En el día se miran generalmente esas tres proposiciones como falsas é insostenibles.

En Alemania aseguraba y repetia con frecuencia el obispo de Halberstat, que todas las cosas de este mundo sucedian por necesidad; que el destino dirige la vida y la muerte de cada hombre, y que todo depende absolutamente de las influencias celestes (1); fruto de la astronomía supersticiosa de aquellos tiempos y de las disputas interminables sobre los futuros contingentes! Pero como Alberto (asi se llamaba el obispo) era doctor de Paris y estaba reputado por hombre sábio, hacian sus discursos mucha impresion en Germania, y con especialidad en la nobleza ignorante. Fueron muchos los que titubearon en la fé; no se hizo caso de las buenas obras, y la oracion y todos los ejercicios de religion y piedad empezaron á mirarse como prácticas de puro aparato. Informado el Papa de este escándalo, envió comisionados con encargo de que procediesen de acuerdo con el inquisidor de la provincia. Averiguada la exactitud de los hechos, se debia obligar al obispo á que retractase en presencia de su clero y del pueblo lo que habia afirmado temerariamente, y declarase que era una heregia. Ya fuese que se mostrara obediente ó que se empeñase en sostener sus proposiciones, debian declarar en público los comisionados que aquellas proposiciones

(1) Rain. ann. 1372, n. 33; Bucelin. p. 21.

eran héréticas y estaban condenadas por la Iglesia romana.

Supo tambien Gregorio que habia en Sicilia algunas personas ilusas, las cuales honraban como santos á algunos sectarios de Dulcino, y á algunos hermanos de la vida pobre, sin embargo de que estas sectas habian sido condenadas por la Iglesia (1). Guardaban como reliquias los huesos de aquellos novadores que habian muerto en la obstinacion, erigian en su honor iglesias ó capillas, y se reunian en ellas con todas las ceremonias ridiculas y los desórdenes del fanatismo. Con este aviso escribió el Papa á los obispos del pais para que impidiesen aquel culto pernicioso, no solo con las censuras eclesiásticas, sino tambien, en caso necesario, con el auxilio del brazo secular. La fecha de esta carta es de 12 de setiembre de 1372 (2).

El principio del año siguiente fué notable por la muerte del santo obispo de Fiesoli, en Toscana, llamado Andrés, de la ilustre casa de Corsini (3). Antes que naciese, ofrecieron á Dios sus padres el primer fruto de su matrimonio; pero al principio correspondió Andrés muy mal á tan santo destino. A los doce años mostró ya mucha indocilidad y petulancia, las cuales fueron en aumento por espacio de tres años, en tales términos que llegó al extremo de injuriar á su madre, y esta le habló así: «ahora conozco, hijo mio, que fuiste tú el que vi en sueños la vispera de tu nacimiento. Pero si me pareció que era un lobo lo que salia de mi vientre, vi tambien que se dirigia á una iglesia, y que al entrar en ella se convertia en cordero. Ya es tiempo de que sepas que no eres nuestro, sino de la Madre de Dios, á quien te ofrecimos tu

padre y yo.» Estas palabras le hicieron una impresion extraordinaria, estuvo pensando en ellas toda la noche, y tomó la resolución de convertirse.

Al otro día fué á presentarse á los carmelitas, y pidió como un favor singular que le admitiesen en su orden: lo que consiguió con la anuencia y con gran satisfaccion de sus padres. No tardó en hacer aún mucho mas de lo que deseaban estos, con el rigor de sus austeridades, con un retiro sumamente severo, con el desprecio de la gloria del siglo, y con las mas humildes prácticas de la santa locura de la cruz. Se le vió frecuentemente con un gran saeo al hombro ir pidiendo limosna por las calles de Florencia. Cuando sus parientes daban á entender que los deshonoraba con aquella conducta, «mi gloria (les decia) consiste en cumplir con las reglas de mi estado, y en imitar á un Dios que se anonadó por nuestra salvacion.» Tenia tanto horror á todo lo que era pompa y aparato, que evitó hasta las solemnidades que habian dispuesto sus parientes para su primera misa, y fué á decir la á un pequeño convento que habia fuera de la ciudad. Muy en breve honró el cielo con milagros la humildad de su siervo, porque apenas acabó sus estudios en Paris, adonde habia ido á continuarlos por orden espresa del capitulo general, cuando al regresar por Aviñon curó á un ciego haciendo oracion por él.

Restituido á Florencia, le hicieron prior del convento de aquella ciudad, donde al mismo tiempo que ponía el mayor cuidado en que le olvidase el mundo, fué elegido obispo de Fiesoli; lo que consternó tanto á su modestia, que huyó y se retiró secretamente á los cartujos. Se le buscó, pero inútilmente, y se iba ya á proceder á una nueva eleccion, cuando se presentó en la asamblea un niño de tres años, y dijo en alta voz: «El cielo ha elegido á Andrés, id á la Cartuja, y alli le encontrareis haciendo

(1) Rain. an. 1372, n. 36.
(2) Bullar. tom. 2 p. 1081 et seq.
(3) Ughell. t. 3, p. 329.
B. del G., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tome IV.